

E
923
S

D231
595
59
V.3

MEMORIAS

DEL

MARISCAL SUCHET.

CAPITULO XIII.

(1811.) I. Restablécese el órden en Tarragona. — II. El general Suchet sale para Barcelona. — III. Regresa á Tarragona. — IV. El ejército de Campoverde se dispersa. — V. El general en gefe marcha con direccion á Vich. — VI. Se le nombra mariscal. — VII. El ejército se dirige contra Mont-Serrat. — VIII. Descripción de dicha posicion. — IX. Ataque y toma de Mont-Serrat. — X. Ocúpase toda la baja Cataluña. — XI. El mariscal Suchet regresa á Zaragoza. — XII. Combates parciales. — XIII. Proposicion relativa á un cange de prisioneros.

I. Tarragona, nuestros campamentos, la rada y orillas del mar, toda, toda la escena habia cambiado enteramente de aspecto, al despuntar el sol, el 29 de junio. La escuadra habia forzado de vela y largádose, despues de haber recogido un corto número de Españoles: con respecto al resto de la guarnicion, ya no le era posible el ofrecerle un asilo, ni libertarla de la suerte que

le habia deparado la guerra. La ciudad, sembrada por dó quier de heridos y de cadáveres hacinados, ofrecia aun el mas triste espectáculo, bien que no fuese ya un teatro de desesperacion y de furor. Lo que mas interesaba por el pronto, era tratar y dar providencias relativas á su salubridad y seguridad. El general Montmarie á quien se le habia confiado el mando provisorio de ella, hacia reunir y trasportar los heridos á los hospitales de Reus, y mandaba venir y recogia los habitantes, que la catástrofe habia esparricado aquí y allá, á fin de emplearlos como trabajadores para cegar nuestras trincheras y demoler nuestras baterías, haciéndoles distribuir la racion de víveres de los almacenes de nuestro ejército. En la ciudad solo permaneció la tropa necesaria para mantener y conservar el órden; los demas soldados fueron enviados todos á sus respectivos regimientos. Mandóse tomar las armas á todos estos, y vinieron á formarse en torno de la numerosa guarnicion española hecha prisionera, dentro como fuera de murallas. Reunióseles todos en un terreno despejado y descubierto, cerca de Constantí, y contando los heridos ascendia su número total á nueve mil setecientos y ochenta y un hombres, entre los cuales, cuatrocientos noventa y siete oficiales, y muchos generales y gefes*.

* Véanse las notas y piezas justificativas, número 21.

El general en gefe les pasó revista, y reconoció y notó en ellos todos los elementos de una buena infantería, oficiales experimentados ya, y en toda la fuerza y vigor de la edad, y soldados ágiles y vigorosos y del mejor talante: era en efecto una guarnicion escogida, que acababa de dar la mejor prueba de su valor en una tan obstinada defensa. El general dió la órden de que se la tratase con todas aquellas consideraciones que son debidas al valor desgraciado: envió á su propio cirujano para que visitase y curase al gobernador Contreras, cuya herida por fortuna no era de consideracion, y poco despues le hizo trasportar en unas parihuelas á su cuartel general. Al llegar alli, hubo de expresarle y quejársele, porque no habia querido recibirse en la plaza ninguno de sus parlamentarios, ni por consiguiente oírseles, lo que habia dado lugar á un asalto de viva fuerza, en vez de la honrosa capitulacion que él pensaba proponer y ofrecer. El general español no desmintió sus sentimientos ni pareció arrepentirse de su conducta, y despues de haber entrado en algunas explicaciones, dignas de un hombre de valor, recibió todos aquellos testimonios que merecia justamente su bizarría y bravura. El conde Souchet le ofreció cuantos socorros podia necesitar en su situacion, y tomó las medidas oportunas á fin de protegerle en su traslacion á Zaragoza

y á Francia *. Dispuso al mismo tiempo la partida de la guarnicion prisionera, en tres columnas, bajo la escolta de una division del ejército, y despachó á Paris al capitán Anthoine de Saint-Joseph, para que informase y diese cuenta al gobierno de la toma de Tarragona.

II. Terminadas, apenas, estas disposiciones, el general en jefe dirigió, en la noche del 29 al 30, la division Frére hácia Villafranca, la division Harispe hácia Villanova de Sitges, y él mismo los siguió poco despues con la brigada de infantería del general Abbé y la caballería del general Boussard. Su objeto era el impedir con este movimiento precipitado y brusco el embarque de la division valenciana, y de arrollar ó dispersar el ejército que pocos dias antes habia querido hacernos levantar el sitio de Tarragona, y al frente del cual se encontraba aun el general Campoverde. Los Ingleses cañonearon nuestras columnas, todo lo largo del camino, á la flor del agua, y al entrar nuestra vanguardia en Vilanova, vió reunidos en el puerto una gran multitud de buques; algunos pelotones enemigos, ó bien hombres aislados y dispersos, huían por todos lados delante de

* Lo que el general Contreras ha escrito é impreso despues contra el mariscal Suchet, relativo al sitio de Tarragona, se encuentra contradicho, no solamente por los hechos, si que por él mismo.

Véanse las notas y piezas justificativas, número 22.

nosotros, y se esforzaban por llegar con tiempo hasta las barcas. Los dragones arremetieron contra ellos en la playa, y hasta dentro del mar mismo, y casi todos los fugitivos fueron hechos prisioneros; la misma suerte corrieron como unos cuarenta oficiales que encontramos escondidos en la poblacion. Tambien cayeron en nuestras manos como unos ochocientos á novecientos heridos, procedentes de Tarragona, y que llenaban todos los hospitales de la villa: designáronse algunos cirujanos de nuestro ejército para que permaneciesen allí en su compañía y los asistiesen. El general Frére hizo tambien algunos prisioneros en el Vendrell y Villafranca. En esto se nos presentaron algunos desertores, con armas y bagages, y por ellos supimos que el general Campoverde se habia retirado precipitadamente, en direccion hácia Igualada. Convencido, pues, y asegurado el general en jefe de que el cuerpo valenciano no se habia podido reembarcar, quiso utilizar este momento para llegar hasta Barcelona, y ponerse allí de acuerdo con el general Maurice Mathieu, gobernador de dicha plaza. Dejó, pues, las divisiones Frére y Harispe en sus respectivas posiciones, y atravesando el col de Ordal, con una reserva, llegó con una marcha bien rápida á la capital del Principado.

Al pasar por el puente de Molino del Rey, el

general visitó y reconoció el campo de batalla en que el mariscal Gouvion Saint-Cyr habia tan completamente arrollado al general Reding, en 1808. Desde este punto, hasta casi bajo los muros de la capital, no vió ni encontró un solo puesto frances. La experiencia, en efecto, habia mostrado la necesidad de no alejarse de ella sino con fuerzas respetables, á fin de no perder diariamente y sin fruto alguno una porcion de valientes, en puestos pequeños y reducidos, que se veian atacados un momento despues y casi continuamente por legiones de miqueletes. La exasperacion de los habitantes en la Cataluña habia sido hasta entonces excesiva, y no se necesitaba de menos que de toda la prudencia, firmeza y talentos del conde Maurice Mathieu, para haber de contener, con una corta guarnicion de cinco á seis mil hombres, toda una poblacion inmensa. Para calmar ademas y someter una provincia, en la posesion de la cual se interesaba tanto y tan justamente Napoleon, habia hecho eleccion de unos gefes los mas recomendables, y bien conocidos y distinguidos todos por la elevacion de sus sentimientos. El mariscal duque de Tarento mandaba en gefe la Cataluña; su amigo, el general Maurice Mathieu, estaba de gobernador en Barcelona, y los generales Baraguey d'Hilliers y Maximien Lamarque estaban al frente de las divisiones. Los corazones

de los Catalanes no se abrian aun á la confianza; pero las medidas mas sabias y prudentes, y un buen sistema, seguido con perseverancia, debian cansar á la larga y debilitar su irritacion y animosidad.

III. En las cortas horas que hubo de pasar en Tarragona, el general Suchet tomó una idea de la situacion del pais, y se puso de acuerdo con el general Maurice Mathieu á fin de impedir el reembarco de las tropas de Valencia, y de emprender ademas algun movimiento de tropas, cuyo resultado pudiese favorecer y auxiliar el bloqueo de Figueras. En consecuencia, salió de nuevo inmediatamente hácia Tarragona, con objeto de dar allí las disposiciones necesarias y poder ausentarse despues durante algunos dias. La cuarta division, mandada por el general Herbert, pasó á ocupar Tortosa y la frontera del reino de Valencia: dicho general llevó la orden de restablecer el puesto de la Rápita, en las bocas del Ebro, y de fortificar dicha posicion en términos que pudiese defenderse por sí contra alguna nueva tentativa de los Ingleses, y poder dar abrigo y proteccion á los buques y navios franceses.

Al general Musnier, que mandaba la primera division, se le dió el encargo de ocupar y conservar Tarragona y Villafranca; debia ademas hacer construir algunos fortines y baterías á

orillas del mar, contener el pais, y asegurar el reparto y recoleccion de las contribuciones que nos veíamos en la precision de imponer, para sostener el ejército: triste y enojoso recurso, que enagenándonos mas y mas los espíritus, redoblaba nuestro embarazo y aun nuestros peligros con respecto á un pueblo tan pobre como altanero y vindicativo.

IV. La marcha de nuestras tropas hácia Villanueva, el 3o de junio, no dió lugar á los Valencianos de poderse embarcar en Villanova, y por consiguiente, Campoverde, en los primeros momentos, no pensó en otro que en alejarse á marchas forzadas de nuestras columnas. Efectuó, pues, su retirada hasta Cervera por lo pronto, y no creyéndose aun seguro alli, se adelantó hasta Agramunt. Reunió un consejo de guerra, que adoptó la resolucion de abandonar la Cataluña. Divulgada esta noticia, los Catalanes desertaron, por no alejarse de su pais, y una parte de los Valencianos por el contrario pasó el Segre y el Cinca, y fueron á parar al alto Aragon. Con este motivo el ejército se desordenó é insurreccionó casi todo. Campoverde entonces tomó bajo su responsabilidad el cambiar de direccion y regresó á Cervera, y desde este punto solo trató como podria bajar y llegar hasta la costa; este era ya el único medio de calmar al general Miranda, que reclamaba, hasta con ame-

nazas, la promesa garantida por los Ingleses de dejarle volver por mar con su division á Valencia, en donde podria necesitarse para defender el pais, mientras que su auxilio en Cataluña no podia ya ser de utilidad alguna.

V. El general en gefe, decidido á perseguir hasta el fin y no dejar un momento de reposo á los restos de aquel ejército, y á hacer sentir no menos su presencia y esfuerzos en las cercanías de Figueras, para impedir que algun acontecimiento imprevisto no viniese aun á turbar el bloqueo de dicha plaza, salió de nuevo con sus tropas hácia Barcelona, á donde llegó el 9 de julio. En la noche misma partió de ella parte de la guarnicion, á las órdenes del general gobernador Maurice Mathieu, con direccion á Mataró, á donde el enemigo acababa de llegar. El ataque se verificó al amanecer: los Españoles se dispersaron y se alejaron precipitadamente hácia las montañas, cubriendo su retirada unos cuatrocientos caballos. Nuestras tropas ocuparon de nuevo la ciudad y encontraron en ella ciento y cincuenta mil raciones de galleta, que acababan de desembarcar los Ingleses; pero se supo al mismo tiempo del modo mas positivo, que habian llegado á Arenys del Mar tres mil Valencianos, y que habian sido recogidos alli por la escuadra inglesa. No nos habia sido posible alcanzarlos por falta de tiempo, y se pu-

sieron en salvo, mientras que el baron de Eroles aparentaba el sostener un combate en Mataró.

No tardamos en saber que, despues de esta accion, el ejército catalan se iba desorganizando mas y mas cada dia. El general Campoverde se habia visto precisado á salvarse huyendo por miedo á sus soldados y al paisanage, y el general Lacy acababa de llegar para reemplazarle en el mando. No tardó el general Suchet en ponerse en movimiento para ir á encontrarle, y dirigiendo por el pronto la brigada Montmarie hácia Lérida, y mientras que la brigada Palombini se adelantaba por San Feliú de Codinas, marchó él mismo hácia el desfiladero de Centelles, atravesando el valle del Congost, posiciones excelentes y harto temibles y que encontramos casi sin defensa. Al llegar á Tona, destacó al general Harispe hácia Moyá, y él entró en Vich con la division Frére. Desde este punto destacó algunas columnas hácia Olot y Ripoll, amagó amenazar el punto de Manresa, y se puso en comunicacion con el mariscal duque de Tarento.

El ejército catalan que no habia podido salvar Tarragona, acababa de perder la division auxiliar de Valencia, y se encontraba en un estado de dispersion y desorganizacion sobrado marcado, para que pudiese de hoy mas inspirarnos la menor inquietud, relativa al bloqueo

de Figueras. El general Lacy, su nuevo gefe, se ocupaba en reunirle sobre diferentes puntos, por ejemplo, Cardona y la Seu de Urgel. Supimos tambien que habia mandado volar las fortificaciones de Berga, y que se estableciese el baron de Eroles en Mont-Serrat, posicion central y dominante, en la cual se habian ya emprendido muy de antemano algunas obras de fortificacion y defensa y formado almacenes. El gobierno frances habia ya ordenado el ocupar este punto; mas arriba hemos visto que el mariscal Macdonald debia apoderarse de él, á la época en que principiamos á disponer el sitio de Tarragona, proyecto que hubo de retardar la inesperada sorpresa de Figueras, que llamó toda la atencion del Mariscal hácia aquel punto. El general Suchet, bien que no hubiese recibido orden alguna relativa á esta operacion, creyó debia encargarse de ella, puesto que se encontraba con hartos medios para llevarla á cabo, y que su utilidad era evidente en las circunstancias actuales. Combinó, pues, la ejecucion de manera á poder dejar sus fuerzas no lejos del punto de Figueras, cuanto mas tiempo le fuese posible, y en consecuencia los generales Frére y Harispe permanecieron en Vich y en Moyá, con orden de moverse y dirigirse contra Mont-Serrat, á la época y momento convenidos. El general en gefe regresó con su reserva, se puso

de acuerdo, al paso, con el conde Maurice Mathieu, y llegó el 20 de julio á Reus, en donde contaba recibir las órdenes del gobierno y las noticias de Francia.

VI. Al llegar allí en efecto encontró un oficial del príncipe Neufchâtel, que le traía los despachos y decreto por el cual se le nombraba mariscal del Imperio concebido en los términos siguientes, y en fecha del día mismo en que hubo de llegar á Saint-Cloud el parte sobre la toma de Tarragona :

« Palacio de Saint-Cloud , á 8 de julio de 1811.

« Napoleon, emperador de los Franceses, etc.

« Queriendo dar una prueba de nuestra satisfacción y de nuestra confianza al general en jefe Suchet, por todos los servicios que Nos ha prestado en diferentes ocasiones, y en la toma de Lérida, Mequinenza, Tortosa y Tarragona :

« Hemos decretado y decretamos lo que sigue:

« Artículo 1º. El general de division Suchet es nombrado Mariscal del Imperio.

« Artículo 2º. Nuestro ministro de la guerra queda encargado de la ejecucion del presente decreto.

« Firmado NAPOLEON. »

Adjunta á dicho decreto venia una instrucion, por la cual se mandaba demoler la plaza de Tarragona, no conservando en ella mas que

un reducto, conquistar y ocupar Mont-Serrat, y el prepararse á marchar, con el ejército de Aragon, hácia el reino de Valencia.

Facilitáronse, sin perder minuto, al cuerpo de ingenieros los medios necesarios para proceder á dicha demolicion : el general Rogniat propuso el conservar el recinto de la ciudad alta, y como en este estado podia muy bien guardarse la plaza con una guarnicion de mil hombres, el general en jefe adoptó dicho parecer, que aprobó despues el gobierno de Paris. Emprendióse dicho trabajo con grande actividad, porque el gobierno solo habia dado quince dias de término para concluirle : una gran parte de la artillería fue trasportada á Tortosa.

VII. Todo estaba ya pronto para el ataque de Mont-Serrat, segun lo llevamos ya dicho. El 22 de julio, el general Montmarie se dirigió desde Montblanc hácia Igualada, mientras que los generales Frère y Harispe se venian adelantando por el camino de Manresa, y que el general Maurice Mathieu ocupaba Esparraguera, con una columna que se habia dirigido por Martorell. El 23, el mariscal mismo llegó á Igualada, por Sarreal y Santa Coloma. Por la primera vez, desde que guerreará en Cataluña, hubo de ver ahora con satisfaccion que los habitantes de los pueblos permanecian ó volvian tranquilos á sus casas y hogares, y tuvo buen

cuidado de alentar esta primera prueba y ensayo de confianza, que podía llegar á producir los mejores resultados, si llegaba á generalizarse y á propagarse con el ejemplo. El 24, reunió en el meson del Bruch los generales, y tomó en seguida las debidas disposiciones para el ataque.

VIII. El Mont-Serrat, punto importante como posición, presenta una de las más raras y notables configuraciones. A una cierta distancia, aunque no considerable de Manresa, de Igualada y de Barcelona, domina todas las rutas principales, como todas las demás alturas del centro de la Cataluña. Su imponente y grandiosa masa es de un acceso difícil, pues por la parte del este la baña el Llobregat, y la defienden por todos los demás costados empinados y ásperos escarpes, hasta una altura considerable. Sobre un rellano ó mesa no muy ancha, pero sí muy elevada, y despejada y abierta hácia el Oriente, se halla situado el convento de Nuestra-Señora, vasto y sólido edificio, que con todos sus anejos y servidumbres forma una como fortaleza, en que algunas tropas con los correspondientes almacenes pueden defenderse largo tiempo y con gran ventaja. Hácia la parte superior, y en la region de las nubes ya, la cima del monte se ve como partida en toda su longitud, y coronada de picos ó de altas rocas en

forma piramidal, y pegadas á estas algunas pequeñas ermitas, como si fueran otros tantos nidos de golondrinas. Su base y sus flancos, surcados por dó quier con hondas barrancas y quebradas, aparecen enteramente descarnados y pelados, sin tierra ni vegetación alguna en muchas de sus partes, circunstancia que le da al todo de la masa un aspecto extraordinario, y que le ha hecho llamar justamente un esqueleto de montaña. Su importancia se aumentaba aun en razón de la naturaleza del lugar y de la veneración general en que los pueblos le tenían; así es, que desde el principio de la guerra se le habia escogido como un punto de apoyo para los movimientos del ejército catalán. Los religiosos que servían dicho monasterio se habian refugiado á las Islas Baleares, cargando con todas las riquezas de él, reemplazándolos ahora dos ó tres mil soldados á las órdenes del barón de Eroles. Para defender la posición, habia establecido este un atrincheramiento á la puerta misma del convento, y dos baterías, con zanjas abiertas en la roca misma, en el sendero que viene serpenteando y bajando, al norte de la montaña, entre un alto escarpe y un precipicio, hasta cerca Casa-Masans: este era el camino de Igualada al convento, y el ataque solo se podía efectuar por este lado. Por la parte del sud se veía otro sendero aun más difícil y estrecho,

por el cual se baja al lugar de Colbató, y que defendia tambien otra batería. El camino de Monistrol se habia cortado é interceptado enteramente, y los declivos y pendientes al est, hasta llegar á las orillas del Llobregat, eran tan sumamente escarpadas, que se las podia mirar como impracticables.

IX. El mariscal Suchet queria apoderarse de la posicion, por un como golpe de mano, y evitar, si le fuese posible, un combate mortífero y sangriento sobre un terreno nada favorable al invasor, y tomó sus disposiciones en consecuencia. La brigada Montmarie se apostó en Colbató, para amenazar é interceptar este punto de retirada al enemigo; los generales Frére y Harispe ocuparon los caminos de Igualada y de Manresa, y las tropas que habia traído el general Maurice Mathieu de Barcelona, apostadas al pie de la montaña, cerca del Bruch, servian de reserva, tanto al general Montmarie como á la brigada Abbé, encargada del ataque principal. Esta se situó en consecuencia, el 24 de julio en la noche, en el puesto de Casa-Masans, despues de haber desalojado á los Españoles que se replegaron hácia sus atrincheramientos. El 25 por la mañana, el general Abbé se adelantó en columna por el camino que sube directamente al convento, al frente del 1º ligero y del 114 de línea, y de una batería además de tres piezas,

seguido de algunos batallones del ejército de Cataluña, mandados por el general Maurice Mathieu: el general en gefe marchaba con esta reserva. La vanguardia por el pronto no encontró mas obstáculos que las desigualdades naturales del terreno, que venció sin gran pena. La cabeza de la columna iba desfilando bajo el fuego de fusilería de los Somatenes, que ocupaban las alturas, á la izquierda, mas allá del barranco: su derecha estaba garantida y cubierta por el escarpe mismo de la montaña, y por ciento y cincuenta soldados que se habian enviado á la descubierta, con el objeto de que ganasen la cima de aquella, y de que batiesen y ojeasen todos los recodos y grutas que pudieran ocultar tal vez alguna emboscada.

Al llegar al ángulo en que se encuentra situada la capilla de Santa Cecilia, la columna fue saludada por una descarga de la primera batería, que ocupaba y cerraba todo el camino. La tropa se formó é hizo alto en un sitio que no podia descubrirse desde aquella, posicion en que no podiamos ni en que nos convenia detenernos largo tiempo. Destacaronse nuevos volteadores hácia la derecha, que aprovechándose de las sinuosidades naturales de las rocas, debían esforzarse por llegar á la cumbre, á fin de poder dominar y coger por la espalda la batería y atrincheramientos del camino. Mil y mil obstá-